



## LA BANDOLERA

AUTOR: Guadalupe Rodolfo Cisneros Márquez

Zanate

Hace muchos pero muchos años en el pueblo de Tezoatlán de la Mixteca Oaxaqueña, vivía tía Leonides quien no fue una mujer agraciada, era fea, por eso desde muchita sufrió mucho, nunca la consideraron en su familia, solo era tomada en cuenta para las burlas y las humillaciones que le hacían. Con ironía sus vecinos le decían: "Tristita". No tenía amistades y menos pretendientes. Al pasar de los años, cuando ya era una cuarentona heredó de su padre una casa abandonada en el Barrio nuevo, a la cual se fue a vivir sola. Una madrugada del mes de diciembre escuchó los chillidos de una criatura abandonada en la puerta de su casa. Leonides se sorprendió, se preocupó y decidió hacerse cargo de ella, la registró como hija suya y la llamó Sara quien resultó ser una muchita bonita, cuando cumplió 15 años le hicieron una gran fiesta, al final del baile y al calor de los mezcales dos de sus pretendientes se fueron a desafiar por ella al río. En el violento enfrentamiento con machetes, fue muerto el hijo de la Curandera quien al saberlo con mucho dolor y rabia fue a cerrarle los ojos a su hijo y después de velarlo lo enterró. Cuentan que una noche se fue hasta las faldas del monte pachón, ahí en ese lugar maldito entre el humo de una fogata, con los utensilios y materiales necesarios para la ocasión, mató un conejo y una gallina negra. Después la Curandera se puso en transe con sus ojos en blanco y rostro desencajado, con una sed de venganza invocó el conjuro blasfemo: ¡Maldita será tu hermosura! toda tu raza pagará la sangre de mi hijo! Llamo y conjuro a los diablos y más a ti ¡Señor de las tinieblas y de todos los males y a ti María Guadaña que castigas con el sucumbir! y a todas las ánimas perversas, los invoco para que se cumpla mi desquite de esa malvadísima Sara y sus malditos descendientes...

Sara creció y cuando tenía 19 años, su mamá Leonides falleció después de meses de sufrimiento por los dolores en parte delicada de la mujer, y luego del año de luto la joven para pagar todas las deudas que le dejó la muerte de su madre, se tuvo que casar por conveniencia con un Arriero rico muy delicado y celoso que la trataba peor que a un perro. Sara parió al año a su hija Angelina la muchita más linda del pueblo. Ese día, su marido el Arriero fue encontrado muerto con la cara desfigurada por los animales en un paraje, nadie supo de qué murió. Su hija Angelina, a sus 15 años, no era feliz porque la molestaban por su hermosura. Donde iba incitaba, envidias, rencores y pleitos entre los hombres. Triste y solitaria, se sentaba en las tardes en la huerta de su casa en el pequeño puente donde allí observaba su imagen reflejada



en el agua cristalina que corría en la zanja. Una mañana nubosa recostada en su hamaca, Angelina se enteró que dos jóvenes se habían matado por ella, entonces tomó conciencia de que su encanto, que atraía a tantos pretendientes y consideraciones de la gente, no era bueno. Sola, inconsolable entre sollozos imploraba: “¿Por qué a mí?! ¿Qué he hecho yo?! ¿Por qué estaré pagando tan doble? No quiero estar así ¡Quiero ser fea! ¡No quiero vivir!” Desesperada invocó a la muerte. Cansada de su existencia, se quedó dormida, el viento empezó a chiflar, una parvada de zanates huyó despavoridos, un relámpago iluminó las nubes, retumbó un trueno a lo lejos y María Guadaña apareció, con su voz del más allá le dijo: ¿me hablabas muchita? ¿qué cosa quieres?, pero Angelina ni siquiera la vio, ni la escuchó, para entonces, ya estaba aún más perdida en su sueño. La muerte se sintió ignorada, se amuinó, no insistió más y no quiso llevársela, se dio cuenta a que familia pertenecía, se sintió celosa de su belleza y corroída por la envidia desapareció.

Su mamá Sara no era consciente de ese sufrimiento de Angelina, siempre contenta recibía los regalos y beneficios que le daban por tener una hija tan preciosa. Se lamentó cuando Angelina cumplió 17 años porque en lugar de aceptar ser reina de las fiestas patrias del pueblo o querer casarse con un buen partido, ella mejor quiso desperdiciar su belleza en ser monja. En la pequeña casa que hacía las veces de Seminario donde llegó a vivir, Angelina, no fue bien recibida por sus compañeras de enseñanza religiosa. Ellas la odiaron porque comparaban su lindura con la de Lucero el ángel caído traicionero. Los meses pasaron y un domingo cuando Angelina salía con su hábito blanco de la iglesia donde impartía el catecismo, Librado la conoció, él era un bandolero que se dedicaba a asaltar en los parajes, quedó fascinado. Como se creía un gallo jugado con las mujeres bonito bonito la empezó a cortejar. Era muy atento y respetuoso con ella. Para Angelina, Librado empezó a ser un alivio para su soledad. A ella no le importó cuando se enteró que era un bandido, porque Librado ya la había hecho creer que su vida cambiaría con él. Una tarde le ganó la voluntad y a escondidas la sedujo, se la brindó atrás de un pretil, sin importar, el qué dirán, debajo de un guayabo con su pasión encendieron un fuego que nunca pudieron apagar. Loca contaba los días para irse a vivir con él a otro pueblo.

En Tezoatlán la gente murmuraba y el cura del pueblo preocupado intercedió para que las monjas, ante tantos rumores y chismes, no la pararan a media calle por su falta que ahora la convertía en una desprestigiada, una mujer de la senda perdida.



Pero a ella, ya nada la ataba al pueblo. Se sentía culpable porque su mamá Sara murió de un derrame de bilis cuando se enteró de que Angelina para el pueblo no valía nada. Después de esa pena, a los 9 días sin respetar el luto, ella empezó a acomodar sus cosas en el día, mientras sus compañeras se las desacomodaban en la noche y Angelina las volvía a acomodarlas para, ya pronto, irse con Librado a buscar la felicidad.

Cuentan los más ancianos que esa noche sin luna, Angelina enloqueció cuando mataron a Librado en un asalto fallido en el camino de “Los caracoles”. En el Seminario la encerraron y no la dejaron asistir al velorio y después la echaron a la calle. Aquella noche mientras chiflaba un viento amenazador que calaba los huesos, unos pastores la vieron correr sin rumbo en el puente de la peña del Cacalote. Nadie supo la verdad. Unos dicen que enloquecida se votó al vacío. Algunas mujeres aseguran que María Guadaña la encontró moribunda y le reprochó amuinada, con su voz aguardientosa, su comportamiento: “No me tienes tan contenta malvadísima. Qué te voy a llevar a la otra vida ¡No te lo mereces!” eres de esa familia de la hermosura ponzoñosa que daña. Después se acomodó el rebozo en su cabeza, hizo unos movimientos con su brazo y levantó su guadaña. Mientras el viento se arremolinaba, unos relámpagos iluminaban la noche y se escuchaban los truenos la maldijo: “Eternamente andarás penando y con tu belleza maldita, a los hombres que te encuentres enloquecerás hasta su perdición, ¡Locos quedarán por ti! Y por soberbia, porque siempre ansiaste ser fea, también ¡Horrible serás! Solo las mujeres y los muchitos te verán con cara de bruja, chimuela, cejas de diablo, cabellos de mechales, tendrás una pata de pollo, y otra de perro. El pueblo se aterrará al oír tus lamentos de espanto. Te llamarán la Bandolera porque fuiste la querida de Librado el bandolero. Ese será tu infierno eterno.” Después la muerte con su risa macabra se fue montada en su burro seguida por una parvada de cuervos.

Pasaron los meses y a finales de octubre iniciaron los festejos de Todos santos. En todas las casas del pueblo prepararon ofrendas a sus difuntos, con manteles blancos almidonados, imágenes de santos, veladoras, frutas, panes, guisados, agua, sal, dulce de calabaza, arroz con leche, chinguere y demás. Las decoraron con papel picado de colores y flores de cempasúchil que les daban tonalidades de amarillos anaranjados. Por debajo de las tejas y por las ventanas de las casas de adobe salían humos cargados de aromas a incienso que sería la guía para la llegada en la primera noche de los muertos muchitos y en la segunda de los ixtludos. Algunas mujeres



lloraban emocionadas la espera de sus difuntos, otras cantaban las canciones que a ellos les gustaron. Mientras barrían y limpiaban sus casas.

En el panteón todas las tumbas fueron encaladas, adornadas con flores e iluminadas con velas. Por todas partes había humo con olores a ocote y a incienso. Algunos rezaban a sus difuntos. De repente las nubes oscurecieron el firmamento. A lo lejos un viento frío empezó a chiflar arrastrando tierra y hojas secas. Las ramas de los árboles se estremecían y crujían de donde salían zanates volando con graznidos de espanto. Los grillos callaron. Los perros aullaban como nunca. En la orilla del camino al panteón en un escondrijo entre las nopaleras y los pitayos, una tolvanera se levantó. Angelina apareció convertida en la Bandolera. Se escucharon sus lamentos espeluznantes que erizaban la piel. Jorobada, con dificultad arrastraba sus pasos, vestía unos colgajos blancos amarillentos que le quedaron de su hábito. A lo lejos se escucharon gritos de pavor de mujeres y muchitos que la veían a su paso. Pocos oyeron los lamentos, porque la música de viento y el bullicio de la romería instalada en el panteón no lo permitieron. Tía Petronila y Tía Macedonia que presenciaron el suceso, muertas del susto abrazadas con dificultad rezaban La Magnífica.

Más tarde en la casa de Tía Remedios, que no se daba abasto, una bola de gente con sus muchitos esperaba turno para que los curaran de espanto con una chupada con aguardiente, una limpia con un huevo y un ojo de venado. Mientras una cuadrilla de hombres a caballo, con perros, retrocargas, crucifijos, bules con agua bendita, palos y hachones salieron al trote a buscar a la Bandolera al río salado y al monte pachón. No la encontraron. Pero en una barranca encontraron a Querubino chirundo que aseguraba que se había brindado a una mujer muy hermosa como una sirena con un resplandor que estaba bañándose en el río salado y lo llamó, él ya nunca paro de reírse y su mujer celosa, a la semana lo fue a internar en un Asilado de Huajuapán. Los paisanos comentaban asustados: “Túúúúú también en el meritito infierno se carga una cruz como la pobre Angelina ¡qué parió! Ni en esta, ni en la otra vida ¡no hay gusto cumplido! Ya ven, que tan rechulona que era. Ahora qué cosa quieren, es la más fea, quedó muy pero muy “Tristita”. Por eso cada año en las noches de Todos santos todavía hay algunos paisanos sobre todo los muchitos, que cuando el viento chifla y los perros aúllan temen la aparición de la Bandolera rumbo al panteón. Donde aseguran que la han visto. Y por su belleza y encanto hay uno que otro presuntuoso con ansias de tener un encuentro sucio con ella, sin importarles la suerte que puedan correr.